

No cambiamos nuestro rumbo
León Trotsky
30 de junio de 1940

(Tomado de *Escritos León Trotsky, Tomo XI, Volumen 2 (27 mayo 1940 a 20 agosto 1940)*, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma, páginas 175-180 del formato pdf. *Socialist Appeal*, 6 de julio de 1940, donde fue titulado “Después de la conquista de Francia por parte de Hitler, ¿qué sigue?” y firmado “L. Lund”. Houghton Library (T 4904).)

Siguiendo a una cantidad de pequeños estados europeos, Francia se está convirtiendo en una nación oprimida. El imperialismo alemán se elevó a alturas militares sin precedentes, con las consiguientes posibilidades de practicar un pillaje mundial. ¿Qué sigue después?

De parte de todas las clases de seminternacionalistas¹ se puede esperar aproximadamente la siguiente línea argumental: es imposible que haya levantamientos exitosos en los países conquistados por la bota nazi, porque todo movimiento revolucionario será ahogado inmediatamente en sangre por los conquistadores. Hay incluso menos posibilidad de un levantamiento exitoso en el campo de los vencedores totalitarios. Sólo se podrían crear condiciones favorables para la revolución con la derrota de Hitler y Mussolini. Por eso, lo único que resta es apoyar a Inglaterra y Estados Unidos. Si la Unión Soviética se uniera a nosotros sería posible no sólo detener los éxitos militares de los alemanes, sino asestarles fuertes derrotas militares y económicas. El desarrollo ulterior de la revolución sólo será posible de esta forma. Etcétera, etcétera.

Esta argumentación, que superficialmente parece inspirada por el nuevo mapa de Europa, es en realidad sólo una adaptación de los viejos argumentos del social-patriotismo, es decir, de la traición de clase. La victoria de Hitler sobre Francia reveló completamente la corrupción de la democracia imperialista, incluso en la esfera de sus propias tareas. No se la puede “salvar” del fascismo. Sólo se la puede reemplazar por la democracia proletaria. Si la clase obrera ligara su suerte en esta guerra a la de la democracia imperialista, ello sólo le acarrearía una nueva serie de derrotas.

“Por la causa de la victoria” Inglaterra ya se ha visto obligada a introducir métodos dictatoriales, cuyo requisito básico fue la renuncia del Partido Laborista a toda política independiente². Si el proletariado internacional, a través de todas sus organizaciones y tendencias, toma por el mismo camino, se facilitará y apresurará la victoria a escala mundial del régimen totalitario. Con un proletariado mundial que renuncia a una política independiente, una alianza entre la Unión Soviética y las democracias imperialistas significaría el aumento de la omnipotencia de la burocracia de Moscú, su posterior transformación en una agencia del imperialismo y el inevitable otorgamiento de concesiones al imperialismo en la esfera económica. Seguramente, la posición militar de los distintos países imperialistas en la arena mundial cambiaría consecuentemente; pero la situación del proletariado internacional, desde el punto de vista de las tareas de la revolución socialista, cambiaría muy poco.

¹ Entre los “semiinternacionalistas” a los que alude Trotsky, puede uno pensar que se trata en particular de Marceau Pivert que se dirigiría al general De Gaulle para pedirle que lanzase panfletos sobre Francia. (*Oeuvres*, Tomo 24, nota 2 a pie de página 184).

² En Gran Bretaña se había visto la formación de un gobierno de Unión Nacional que duraría hasta el fin de la guerra. (*Oeuvres*, Tomo 24, nota 3 a pie de página 185).

Para crear una situación revolucionaria, dicen los sofistas del social-patriotismo, es necesario asestarle un golpe a Hitler. Para obtener una victoria sobre Hitler, es necesario apoyar a las democracias imperialistas. Pero si por salvar a las “democracias” el proletariado renuncia a una política revolucionaria independiente, ¿quién utilizará la situación revolucionaria que surgirá de la derrota de Hitler? No han faltado situaciones revolucionarias en el último cuarto de siglo. Pero faltó un partido revolucionario capaz de utilizar esas situaciones revolucionarias. Renunciar a preparar un partido revolucionario en razón de la necesidad de provocar una “situación revolucionaria” es conducir vendados a una masacre a los trabajadores.

Desde el punto de vista de una revolución en el propio país, la derrota del propio gobierno imperialista es indudablemente un “mal menor”. Los pseudo internacionalistas, sin embargo, se niegan a aplicar este principio a los países democráticos derrotados. En cambio, interpretan la victoria de Hitler, no como un obstáculo relativo, sino como uno absoluto en la marcha de la revolución en Alemania. Mienten en ambos casos.

En los países derrotados la posición de las masas empeorará extremadamente en forma inmediata. Sumada a la opresión social está la opresión nacional, cuya carga principal también la sobrellevan los trabajadores. De todas las formas de dictadura, la totalitaria de un conquistador extranjero es la más intolerable. Al mismo tiempo, en la medida en que los nazis traten de utilizar los recursos naturales y la maquinaria industrial de las naciones que derrotaron, dependerán inevitablemente de los trabajadores y campesinos nativos. Es sólo después de la victoria cuando las dificultades económicas siempre comienzan realmente. Es imposible apostar un soldado con un rifle para cada obrero y campesino polaco, noruego, danés, holandés, belga [,francés]³. El nacionalsocialismo carece de receta para transformar de enemigos en amigos a los pueblos derrotados.

La experiencia de los alemanes en Ucrania en 1918 demostró qué difícil es utilizar con métodos militares la riqueza natural y la fuerza de trabajo de un pueblo derrotado; y qué rápido se desmoraliza un ejército de ocupación en una atmósfera de hostilidad universal. Estos mismos procesos se desarrollarán en mucho mayor escala en el continente europeo bajo la ocupación nazi. Se puede esperar, sin duda, la rápida transformación de todos los países conquistados en verdaderos polvorines. El peligro está en que las explosiones ocurran demasiado pronto, sin la suficiente preparación, y conduzcan a derrotas aisladas. Es imposible, sin embargo, hablar de la revolución europea y mundial sin tener en cuenta la posibilidad de derrotas parciales.

Hitler, el conquistador, naturalmente acaricia la quimera de convertirse en el principal verdugo de la revolución proletaria en cualquier parte de Europa. Pero esto no significa en absoluto que Hitler será tan fuerte para vérselas con la revolución proletaria como lo ha sido para enfrentar a la democracia imperialista. Sería un error fatal, indigno de un partido revolucionario, hacer de Hitler un fetiche, exagerar su fuerza, pasar por alto los límites objetivos de sus éxitos y conquistas. Ciertamente es que Hitler promete jactanciosamente establecer la dominación del pueblo alemán a expensas de toda Europa e incluso del mundo entero “por mil años”. Pero, con toda seguridad, este esplendor no durará siquiera diez años.

Debemos aprender de las lecciones del pasado reciente. Hace veintidós años no sólo los países derrotados sino también los vencedores salieron de la guerra con su economía desbaratada y pudieron advertir lentamente (en algunos casos no lo advirtieron para nada) las ventajas económicas que reportaba la victoria. Por eso, el movimiento revolucionario también asumió enormes proporciones en los países de la Entente

³ Se puede señalar la extrema lucidez del análisis de Trotsky en una situación en la que tantos “observadores” no lograban ubicarse ya. (*Oeuvres*, Tomo 24, nota 4 a pie de página 186).

victoriosa. Lo único que faltó fue un partido revolucionario capaz de encabezar el movimiento.

El carácter totalizador de la actual guerra excluye la posibilidad de un “enriquecimiento” directo a expensas de los países derrotados. Incluso en el caso de una victoria completa sobre Inglaterra, Alemania, para mantener sus conquistas se vería obligada en los próximos años a soportar sacrificios económicos de tal magnitud que sobrepasarían las ventajas que pudieran derivarse directamente de sus victorias. Las condiciones de vida de las masas alemanas deben, de todas maneras, empeorar considerablemente en el próximo período. Millón tras millón de soldados victoriosos encontrarán al volver a su patria un hogar aun más pobre que aquél del cual fueron arrancados por la guerra. Una victoria que disminuye el nivel de vida de la gente no refuerza un régimen, sino que lo debilita. La confianza en sí mismos de los soldados desmovilizados que vienen de apuntarse las más grandes victorias aumentará al extremo. Sus esperanzas traicionadas se convertirán en agudo descontento y amargura. A su vez, la casta de los Camisas Pardas⁴ se elevará aun más por sobre la gente; su gobierno, desenfrenado y arbitrario, provocará aun mayor hostilidad.

En la última década el péndulo político de Alemania se ha movido, como consecuencia de la impotencia de la trasnochada democracia y la traición de los partidos obreros, acentuadamente hacia la derecha; luego, como resultado de la desilusión por las consecuencias de la guerra y del régimen nazi, el péndulo se desplazará aun más acentuadamente hacia la izquierda. Insatisfacción, alarma, protestas, huelgas, choques armados estarán nuevamente a la orden del día en el país. Hitler tendrá demasiadas preocupaciones en Berlín para poder cumplir exitosamente el papel de verdugo en París, Bruselas y Londres.

Por lo tanto, la tarea del proletariado revolucionario no consiste en ayudar a los ejércitos imperialistas a crear una “situación revolucionaria” sino en preparar, fundir y templar sus filas internacionales para situaciones revolucionarias que no faltarán.

El nuevo mapa bélico de Europa no invalida los principios de la lucha de clases revolucionaria. La Cuarta Internacional no cambia su rumbo.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky en internet y en castellano (Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras
Escogidas)



germinal_1917@yahoo.es

⁴ ¿A quién alude Trotsky? A los “Camisas Pardas”, no, eran los SA decapitados en 1934, no tampoco puede ser a las SS, con uniforme negro; sea como sea a las unidades llamadas de “elite”, a los cuerpos pretorianos. (*Oeuvres*, Tomo 24, nota 5 a pie de página 187).